

## SUSCRICIÓN

Por mes.....	\$ 0.30
Número suelto.....	0.08
Tres meses.....	0.80

## La Nueva Pluma

Aparece cuatro veces al mes

## DIRECCIÓN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
323 -- Calle Yi -- 323

## REDACTORES

Santiago Garavagno y Alfredo Varzi

## DIRECTOR

DALMIRO D. FELIPPONE

## ADMINISTRADOR

Anacleto F. Perez

## La Nueva Pluma

## El camino de la prensa

Ya hemos dado el primer paso, suficiente, para que nos hallemos colocados á la entrada del largo camino de la prensa. De ella, hemos podido observar, que lejos de ser un camino liso, como la ilusión nos había hecho creer, es un camino escabroso, lleno de grandes zanjias y grietas, las cuales, con solo la paciencia, cavilación y trabajo, podremos atravesarlas, dejándolas atrás, y seguir avanzando paulatinamente hasta ver realizados nuestros designios. Por este sendero, ya luchando con más ó menos tropiezos, todos los redactores caminan, llevando cada uno el propósito de vencer los obstáculos que á su paso se presenten.

Los hay de aquellos, que por más grandes que sean los escollos que se presentan á su paso, sin tropiezo los salvan; otros que, queriendo imitar á los más ágiles, se exponen y á veces llevan grandes golpes, causando la risa al que los mira; y en fin, aquellos que más modestos al ver que no son capaces de hacer lo que hacen otros, no quieren exponerse á servir de irrisión, conformándose con poder costear la grieta llegando á su mismo fin, si bien después de haber perdido mayor tiempo y trabajo.

Para atravesar ese camino, nos

encontramos algo debilitados, por cuya causa parecemos propio, seguir el último ejemplo y al efecto, previendo lo expuesto, hemos hecho que nuestros frutos no puedan verse sinó después de siete días de trabajo, durante el cual tenemos tiempo para meditar sobre ellos.

Este camino ideal en casi su todo, semejante á los reales, no puede ser cruzado sinó por un vaqueano, por un ya práctico en él, que conociendo todas sus dificultades puede atravesarlo sin el menor tropiezo; nosotros ni vaqueanos somos, ni uno de ellos nos acompaña y por lo tanto tenemos que meditar mucho en el paso que hemos de dar para no exponernos á darlo en falso.

## Sinapismos para los enfermos

Id por la calle Sarandí y veréis á muchos jóvenes, que al par de los mejores se dan el corte de grandes capitalistas: ahí los veréis de gran galera, levita, zapatos de charol, guantes de cabritilla y en fin hechos un todo dandy.

Indagad sobre su vida á solas y los encontrareis en el estado mas mísero y crítico, que imaginar se puede.

Pero ¿quien puede suponerse esto cuando uno los vé figurar en la alta sociedad, mezclados con otros, quienes tienen con que figurar? Nadie por cierto.

La diferencia entre el uno y otro,

es decir entre el dandy farsa y el dandy que tiene porque serlo, no se nota con solo verlos, es preciso conocer su vida á solas, y entonces veréis el calma del desparpajo.

A la vista de todos, el primer dandy da golpe; con la cabeza erguida, los ojos fijos y rebosando de orgullo se pasea por la calle, cuando no á pié en coche, casi todas las noches está en el teatro, pero nunca solo (ya sabrás porque), sinó siempre acompañado con el segundo dandy quien se deja enredar por la habilidad de su farsa.

Pasa un amigo por delante de ellos no lo saludan, dan vuelta la cara, ahí tenéis un acto estúpido ¿creerán por ventura estos pedantes que haciendo eso, uno los va á creer ser mas de lo que son, ó lo haran solo por ser unos tontos? por tontos lo hacen sí; porque como verdaderos tontos suponen que así uno los cree gran..... cosa.

Al verlos tan bien puestos, tan ligados, no es para menos que suponerse que son unos grandes rentistas; pero, mira ¿sabes como se arreglan ellos para aparentar lo que aparentan? Ahora te lo diré.

Están empleados, no ganan ménos de cincuenta pesos, con ellos y con los que pellizcan aquí y allí, se junta una buena suma y la consagran solo y exclusivamente para hacer lo que hacía Sinforoso Pipa, que todos los días mudaba de traje pero jamás se había cambiado las medias, calzoncillos ni camiseta. Despues de haber

## FOLLETIN

## EL ÚLTIMO DÍA

DE UN

## REO DE MUERTE

POR VÍCTOR HUGO

I

BICETRE.

¡Condenado á muerte!

ras de reposo que había logrado después de muchos días de horrosa agitación.

Aún me hallaba sumergido en lo mas profundo de aquel profundo sueño cuando vinieron á despertarme. Pero no bastaron entonces para conseguirlo, ni el paso duro del carcelero, ni el ruido de sus zapatos herrados, ni el retintín de su manojo de llaves, ni el ronco rechinar de los cerrojos. Fué necesario que para sacarme del letargo en que yacía me moviese violentamente con su mano ruda, y gritase su ruda voz á mi oído — ¡Arriba!

Abri entonces los ojos con sobresalto, y me replete y apoyé sobre el codo, precisamente en el instante en que lucía la plataforma del corredor vecino (único cielo que me era dado entrever por una estrecha y alta ventanilla) con aquel reflejo amarillento, en que los ojos acostumbrados á las tinieblas de una cárcel, saben reconocer la presencia del sol con tanta certeza.

¡Hermoso tiempo! — Le dije al carcelero, que estuvo un rato sin contestarme, dudando quizás en su juicio, si merecía mi observación el dispendio de una palabra; al fin murmuró bruscamente y no sin algun esfuerzo — ¡Puede ser!

Continuaba yo un tanto inmóvil, la razon aun casi adormecida, los labios sonriendo, y la vista fija en aquella dulce reverberación dorada que esmaltaba la plataforma — ¡Qué bello día! — Repetí embelesado — Si señor, respondió el hombre. Ahí fuera le están á usted esperando.

Aquellas pocas palabras me repulsaron violentamente hácia la realidad, como suele el hilo romper á deshora el vuelo de un insecto. Y súbito me pasaron por los ojos cual en la luz del relámpago, la sala sombría del tribunal; la herradura que forman los jueces en sus asientos, ornada de ensangrentados jirones; la triple línea de testigos con su mirar estúpido; los dos gendarmas á los extremos de mi banco; las ropas negras ajitándose; las cabezas de la multitud hormigueando en la sombra del fondo; y fija sobre mí la vista de los doce jurados, que habían velado mientras que yo dormía.

Me levanté pues como fuera de mí, trémula la boca, inciertas las manos, sin saber á donde hallar el vestido, y con las rodillas tan débiles, que tropecé al primer paso como suele un hombre sobradamente caído. A pesar de todo seguí como pude al carcelero.

Dos gendarmes me esperaban á la salida del calabozo, á donde me pusieron las esposas, con un candado muy complicado que cerraron cuidadosamente. Yo no hice el menor movimiento. Fue aquello lo mismo que poner una máquina sobre otra.

Atravesamos de allí un patio interior, adonde levanté la cabeza reanimado por el aire vivificador de la mañana. Estaban los cielos del todo azules y diáfanos, y los rayos del sol, quebrados por las altas chimeneas del edificio, trazaban grandes ángulos de luz en la cima de los elevados y adustos muros de la cárcel. El tiempo era bellísimo en efecto.

Subimos á continuación una escalera de caracol, pasamos tres corredores consecutivos, se nos abrió despues una puerta muy baja, y vino á herir mi rostro en el mismo punto cierto aire caliente acompañado de ruido. Era este el aliento del gran gentío que esperaba ya en la sala de audiencia, adonde entramos todos.

Excité en ella mi presencia mucho vocerío y rumor de armas. Se movieron ruidosamente todos los bancos; resonaron las cavidades todas de la sala, y mientras la iba yo atravesando por entre dos masas de gente amuralladas de soldados, me imaginaba ser



gastado todo su sueldo en trajes (eso cuando lo paga) y en todo lo necesario para figurar, sino pechan, ¿como se quedan?; mirando á la luna, ¿Que aprietos! ¿como harán para dormir y como para comer?; muy sencillamente alquilan un *cuartito cueva* y allí duermen; para que más, mientras duermen nadie los vé; para comer se presenta en un buen restaurant y á fin de mes el patron se pára en la puerta á ver si lo vé pasar, para tirarle de la levita.

El zapatero cuando lo vé, hace lo mismo, le chista, pero él no dá vuelta, sigue su camino siempre tieso; se le antoja comprar algo que le gusta y no tiene como, lo pide fiado, el patron al verlo tan finchado no titubea en dársela y.... despues de tenerla él se dice: *si te he visto no me acuerdo.*

Y asi en todo lo mismo, mientras no encuentra algún *inglés* que le parta un palo en la cabeza; pero ellos con su astucia remedan todo, de algún modo procuran salir de sus apuros para no hacer papelones ante el público.

Es preciso no tener una pizca de vergüenza para hacer cosas semejantes y como ellos no la tienen nada se les importa; el caso es darse corte.

Si á todos estos farsantes se les dejara á un lado y si nadie los ayudara en sus apuros pronto inclinarian la cabeza y no la llevarian erguida como la llevan: pero todo al contrario, muchos les dán alas arrimándose á ellos sin saber que se rebaja hasta el último grado.

*Pipilo.*

## VARIETADES

### Por una jóven

Juan y Pedro eran dos jóvenes de una misma edad, y que desde muy pequeños se habian jurado un cariño imperecedero. Juan era muy fuerte de génio y de carácter sóbrio; mientras que por el contrario Pedro era tan bondadoso y amable, que habia sabido granjearse la simpatías de los que se honraban llamándole amigo. No obstante las cualidades opuestas de los dos jóvenes; estaban tan entrañablemente ligados por los vínculos de la amistad, que puede decirse que, entre el cariño que se profesaban y el que se profesa á un hermano, era muy difícil establecer alguna diferencia. Pero, desgraciadamente, aunque era imposible dudar de que se querrian siempre como hermanos, la amistad tornóse en rivalidad, dando origen á la destrucción del juramento que se habian hecho en la infancia.

La causa que la motivó fué la siguiente.

Vivía en el mismo pueblo que servía de morada á los dos jóvenes, una jóven llamada Rosa, que aun no contaba diez y ocho años de edad.

Sus padres, humildes labradores, habian sabido encaminarla por el sendero de la virtud, dedicando parte del fruto de sus trabajos al costeo de sus estudios.

Era imposible que una jóven tan hermosa como ella no tuviese un amante que, prendado de sus bellos atractivos, le declarase su amor.

Tenia, si, pero no uno, sino dos y estos dos eran Juan y Pedro.

Este último era el correspondido, y habia conseguido, mediante el permiso de los padres de la jóven, visitar en la casa.

De aquí surgió una rivalidad entre los dos jóvenes. Juan ambicionaba salvar el obstáculo que se oponia entre él y la jóven.

Pensó en desafiario, pero como sabia que Pedro era más ágil que él en el manejo de armas, desechó de su mente tal idea. Entonces resolvió matarlo. Siempre buscaba una ocasión para poder realizar sus criminales proyectos; y, desgraciadamente, no tardó en encontrarlo.

Una tarde estaba paseándose por las orillas de un rio, á corta distancia de un bosque, impenetrable por su soberbia espesura. Absorto en sus ideas amorosas, y pensando talvez en Rosa, en la joven que creía que iba á cifrar su felicidad, fué interrumpido por el ruido de pasos que venían hacia él.

Levanta la vista y; cual no fué su asombro al encontrarse frente á frente con Pedro; su amigo de la infancia! Este quiso hablarle, pero Juan, siempre altivo y orgulloso, solo se contentó con proferirle algunos insultos.

Sorprendido Pedro por la turbación de aquel que habia sido su mejor amigo, le preguntó cual era su causa, y éi, por toda contestación, cogiéndolo fuertemente del brazo, lo arrastró hasta el bosque.

Despues de muy cortos momentos, se oyó un grito. Era Pedro que caía muerto, atravesado su corazón por el frío puñal de su rival.

*John Bull.*

## SECCIÓN POÉTICA

(POR LA MAÑANA)

Perceptible apenas, la mansa brisa  
cruza los aires con remiso vuelo,  
y un casi oscuro manto se divisa,  
descubriendo á poco lo azul del cielo.

(EN EL DÍA)

Ya á la brisa, sustituye el reposo,  
y descorrido aquel sombrío velo,  
vése brillar el Sol esplendoroso  
iluminando el azulado cielo.

(POR LA TARDE)

Perceptible apenas, vuelve la brisa,  
cruzando el aire con remiso vuelo,  
y otro idéntico manto se divisa,  
encubriendo á poco lo azul del cielo.

### Escala de un amor ingrato

(ANTES)

Hubo un tiempo que me amaba,  
y sintió mi corazón  
cada vez que me miraba,  
cierto efecto que causaba  
mi mayor satisfacción.

(POCO HA)

Ya su amor me abandonaba,  
sintiendo mi corazón  
cada vez que la miraba  
cierto efecto que causaba  
mi mayor indignación.

(AHORA)

Ya su amor me abandonó  
sin sentir mi corazón  
la saeta que á él cruzó,  
pues, su herida la purgó  
mi sola resignación.

*S. Garavagno.*

## SECCIÓN HUMORÍSTICA

### Cantar de los animales

Cánta el chanco en la enramada  
El jilguero en las alturas,  
Pío el asno en la cañada,  
Y la gata enamorada  
Pide auxilio en las alturas.

El mastodonte lijero  
Cánta al aire sus amores,  
Y muy fresco y placentero  
Se pasa el invierno entero,  
Chupando néctar de flores.

El elefante brioso,  
Símbolo de los amores,  
Cánta un duo con el oso  
Quien por ser tan pudoroso,  
Se oculta entre blancas flores.

Al son de los estampidos  
De la celestial bellota,  
Los chanchos recién nacidos  
Van con sus roncós ladridos,  
Talareando la "pinota".

Falta la diestra tortuga  
Que, montada en una higuera  
Con el arpa de una oruga,  
Improvisa á toda fuga  
Una dulce petenera.

Cánta la dorada foca  
Con su gracia sin igual,  
Llevada de furia loca,  
Sobre el fondo de una roca  
Todo el Himno Nacional.

El saguaipé melodioso  
Cruza con rápido vuelo,